

La venganza de las viejas

Sebastián Pedrozo

loqueleg

Cómo hacer una broma magníficamente pesada y quedar piola con los amigos

Materiales:

11

- Billeto de dos mil pesos plastificado. El dinero en cuestión puede ser falso, pero la copia debería ser de muy buena calidad. ¿Entendieron?
- Tanza. O cuerda transparente, tampoco se hagan los complicados.
- Un arbusto frondoso (es buena esa). Les explico: un arbolito petiso con muchas hojas.
- Audacia.
- Rulo.
- Transeúnte (o sea: uno que pasaba distraído por ahí).

La plaza era el lugar perfecto. Y la verdad que yo, desde hacía un tiempo, estaba bastante aburrida. Porque no se puede esperar nada genial todos los días en la vida. Como que caiga un asteroide y tener que rescatar a la humanidad, o que Rulo deje de decir pava-das mientras escupe migas de su alfajor, cosas así.

Mi vida no es una película de acción con un actor pelado y forzado que salva a su familia de una explosión nuclear. No señor. Ni siquiera un libro que habla de un mago adolescente que es tímido al principio pero luego se hace genial. Nada de eso.

Porque la vida de una niña que va a la escuela puede ser algo aburrida si no se improvisa un poco, o se le agrega un poco de condimento.

Es decir: bromas pesadas.

12

Bueno, a veces yo me paso con el condimento y termino en líos. Pero más vale arriesgar, como dice mi tío Pocho, que trabaja en el hipódromo.

Ya me distrajeron. La cosa es que fuimos a la plaza con Rulo el primer sábado de vacaciones de invierno. No había mucha gente en la calle. Apenas un señor flaquito de chaleco que hacía malabares en el semáforo de la esquina, ¿por qué siempre usan chaleco los que hacen malabares? ¿Eh, eh? Bueno, yo qué sé.

Era una tarde muy pero muy helada. Eso que quede claro.

—Yo me voy a mi casa, no sé qué hacemos acá, con este frío... necesito moverme —se quejó Rulo.

—Hay muchas cosas para hacer —dije.

De pronto, luego de un largo silencio, Rulo parecía en otro planeta.

—Qué hermosa la copa de ese árbol. Es majestuosa —comentó con voz melosa.

—¡Majestuosa es la bobera que tenés! —dije; solo con la intención de que reaccionara, de que me prestara

atención. No podía hacer mi broma sin la ayuda de mi tierno amigo.

—El color de las hojitas, amarillas... miralas, cuando llegue a mi casa las voy a dibujar, me salen re bien las hojitas.

—¿Eh? No, esperá. Tengo que mostrarte algo —dije.

Había llamado su atención.

—¿Es comida? —quiso saber Rulo babeando. Aunque no dejaba de mirar la bendita copa del árbol y sus hojitas hermosas.

—¿A dónde voy a tener comida, en el bolsillo de la campera, Rulito? —solté.

Mi amigo sacudió la cabeza. Había despertado de su distracción continua.

Entonces me miró.

—En un bolsillo entran muchas cosas, ¿lo sabías? —dijo.

—No, es que... —murmuré.

—Cien gramos de queso entran bien —dijo.

—Rulo, te digo que... —insistí.

Y no paraba de interrumpirme este sujeto:

—Un fainá te entra lo más bien en el bolsillo, medio chorizo también, un táper de esos chicos con guiso de arroz, un arrollado primavera, todo eso te...

—¡Pará, Rulo, pará! —corté.

Mi grito fue tan fuerte que hasta el señor de los malabares lo escuchó.

Rulo, que ya me conoce bastante, tragó saliva y se quedó con la boca abierta.

—Bueno, ¿qué es lo que tenés ahí?, a ver, tanto misterio —dijo.

Entonces, como un relámpago, saqué del bolsillo un reluciente billete de dos mil pesos.

—Guau —exclamó Rulo.

—¿Viste? Muy bien, eh —dije.

—Comprame un pancho —soltó Rulo.

14

No lo aguanté más y me paré con serias intenciones de irme a mi casa. Bueno, en realidad tenía cero intención de irme, simplemente era para que mi amigo sintiera culpa por no atender a mis necesidades humorísticas.

Contra todo pronóstico, cuando llegué a la esquina me di por vencida. Rulo no solo no había seguido implorando mi perdón, sino que se había puesto a trepar al condenado árbol cual si fuese un simio recién liberado en la selva.

¿Cómo era posible que se maravillara por algo así? ¡Si hacía como cien años que el maldito árbol estaba ahí!

El tipo saltaba arriba de las ramas como un loco y de pronto se quedaba inmóvil, como si alguien hubiese apretado el botón de pausa. Mientras tanto, las pocas hojas que quedaban caían sobre la vereda de la plaza.

Entonces la vi.

La peor señora del mundo.

La malvada. La terrible. Mi pesadilla.

Martina. La vieja Martina.

Vieja que ya era muy mala desde chica, cuando —de pura malicia— pisaba zapatos blancos y nuevos a sus compañeros de escuela.

Martina, que había aparecido de la nada por la acera de enfrente, venía directo a la plaza. Estaba por ingresar al camino que atravesaba el lugar en diagonal. ¿Qué la había hecho avanzar a esa increíble velocidad? Muy simple: había visto a mi amigo trepado a las delgadas ramas del enorme roble.

Justo ella, que era la presidenta de la CPLRDBCDNQB.

Es decir: era la mandamás de la “Comisión para la regulación de las buenas conductas de nuestro querido barrio”.

—Oh, no... —me dije.

Dejé de lado mi plan inicial y corrí en defensa de mi amigo, era cuestión de segundos para que hicieran contacto dos personas tan diferentes y el mundo colapsara en mil pedazos. Porque si había algo en el universo infantil que la vieja Martina odiaba después de mí, eso era Rulo.

Soy una persona casi adolescente que corre muy rápido, ya se los he dicho varias veces. Solo por eso llegué antes al pie del árbol; miré de reojo a Martina; por suerte no se había percatado de que Rulo no estaba solo. Un poco porque los arbustos que bordean la vereda son bien tupidos y otro poco porque no ve muy bien de lejos.

Fue allí que todo cuadró. Era el momento justo para matar dos pájaros de un tiro. Podía aplicar mi fantástica broma y salvar a Rulo. Sin embargo, debía ser veloz, todo tenía que salir perfecto.

Me agaché y dejé mi billete falso (que tenía un microscópico agujero, por donde había atado la tanza) al lado del tronco del árbol, y estiré la cuerda transparente hasta el interior del arbusto, donde me escondí, teniendo mucho cuidado de quedar oculta detrás de aquellas ramitas verde oscuro.

Una lástima que Rulo no haya visto nada de esto, pues se había decidido no solo a ignorarme, sino a acariciar las hojas cual si fuesen pequeños animalitos.

La cuestión era que allí estaba yo, agazapada, esperando la llegada de Martina. De pronto, pude ver sus zapatos y medias marrones frente a mis ojos. Taconeaba con firmeza sobre el camino de baldosas rotas. Entonces sucedió.

Sus pies se detuvieron de repente.

Había visto el billete, lustroso, nuevito, derecho. Sin uso.

Y falso.

Dos mil pesos uruguayos.

No sé qué cara puso Martina. Aunque me hubiese gustado tanto verla. Seguro que de sorpresa primero, y luego de felicidad. No todos los días uno se encuentra por ahí tanta plata tirada en el suelo. Porque no es que yo sea mucho del dinero y esas cosas, pero estoy

segura de que compraría flor de pelota de básquet con aro y todo con ese billete. Me parece.

Sin embargo, Martina no dijo nada. Se quedó congelada.

Apenas si se escuchaban los autos pasar a lo lejos. Algún que otro bocinazo, pero nada más.

Mi brillante idea era la siguiente: el billete llamaría la atención de la mujer, y luego la atraería hacia mí cinchando de la tanza. Entonces, desde el interior del arbusto, le gritaría a Rulo que escapara, que corriera por su vida.

Broma aplicada y amigo salvado. Un éxito.

Pero las cosas, como ya sabrán, nunca son como una las piensa.

A veces son incluso mejor.